

EL DEVENIR DE LOS ESPECTÁCULOS TAURINOS

Adolfo Rodríguez Montesinos

Doctor en Veterinaria

Adivinar en el momento actual cuál puede ser el futuro que aguarda a los espectáculos taurinos resulta bastante complicado, especialmente si en esta previsión de lo que pueda suceder se trata de ser riguroso y dejar a un lado las filias o las fobias personales. Una cosa es lo que pueda pasar y otra lo que a uno le gustaría que pasara y, en ese sentido, deseo y realidad pueden ser coincidentes o no.

De cara a realizar una aproximación a los escenarios más probables, lo más correcto es hacer una proyección de la actual situación valorando los aspectos económicos, sociales, culturales y políticos que envuelven a la fiesta de los toros e incluso los propios aspectos organizativos intrínsecos del sector profesional.

Empezando por la producción del toro de lidia, que es la base insustituible del espectáculo taurino, nos encontramos una situación de crisis casi permanente, producida en primer lugar por una oferta muy superior a la demanda, que se mantuvo durante todo el periodo previo a la crisis económica. Durante este tiempo la oferta de toros para los espectáculos fue muy superior a la demanda de animales, tanto para las plazas, como para los espectáculos de tipo popular, lo cual generó precios inferiores a los que estuvieron vigentes durante la década de los ochenta, en el pasado siglo XX y, en todo caso, muy inferiores a los costes de producción de los animales.

Esta situación adversa dio lugar a muchos excedentes, que sólo encontraron salida en los mataderos cuando se produjo otra situación de ámbito general y aún más lesiva que la propia de los ganaderos, como fue la crisis económica.

A partir de 2008 comienza a evidenciarse esa crisis, que tiene su principal cabeza visible en el sector de la construcción, cuya debacle afecta de modo muy directo al conjunto de la sociedad, pero lo hace muy especialmente en el sector taurino, ya que muchos constructores eran a esa fecha propietarios de ganaderías de lidia e incluso formaban parte de empresas organizadoras de espectáculos taurinos, donde eran el principal aporte de capital, buscando en todo caso conseguir una cierta relevancia social..

En el ámbito ganadero la quiebra de muchas constructoras se tradujo por la necesidad de deshacerse de las ganaderías que poseían, de hoy para mañana. De esta forma la mayoría de las vacas se enviaron directamente al matadero, mientras que los machos se vendieron por poco más de su valor cárnico a tratantes del sector, que lanzaron una oferta muy barata, muy por debajo de los precios que estaban vigentes en ese momento y que ya eran bajos de por sí, lo

que ocasionó un efecto de arrastre que se llevó por delante a muchas ganaderías. Los que sobrevivieron lo hicieron comercializando sus productos muy por debajo del coste de producción, intentando no desaparecer del mercado y esperando a que pasase la crisis y se pudiera normalizar la situación.

Este escenario absolutamente adverso se mantuvo hasta 2014, cuando se inició una recuperación de los precios, como consecuencia de lo limitado de la oferta existente y después de que se hubiera sacrificado casi un 40% de las hembras reproductoras, disminuyendo de forma acusada la producción.

La recuperación de los precios se produce hasta 2017, se estabiliza en 2018 y comienza a dar síntomas de una nueva involución a finales de esa temporada, de forma que muchos ganaderos piensan que el panorama comienza a ponerse mal otra vez, sin que hubiera llegado a ponerse bien del todo, es decir, la recuperación producida ha sido evidente y ha permitido a los ganaderos salir del pozo, pero no ha supuesto para la mayoría y en el mejor de los casos más que una equiparación con los precios que estaban vigentes hace treinta años.

En todo este periodo los criadores de vacuno de lidia han conseguido un solo avance, las primas a las vacas nodrizas y la extensificación provenientes de la PAC, pero han perdido mucho si se tiene en cuenta la subida imparable de los costes de alimentación, mano de obra, combustible, precio de la tierra y en conjunto de todos los costes de producción tanto fijos, como variables.

A día de hoy y, a pesar de todas las adversidades, el sector ganadero de lidia sigue utilizando medio millón de hectáreas, la mayoría integradas en el ecosistema más valioso, la dehesa, en donde conviven y son compatibles todo tipo de flora y de fauna con el toro bravo.

El Libro Genealógico de la Raza Bovina de Lidia comprende cerca de un millar de ganaderías inscritas, a través de las cinco asociaciones que intervienen como entidades colaboradoras del Ministerio de Agricultura para su gestión, aunque sólo unas 600 explotaciones siguen manteniendo la actividad regularmente.

La fragmentación del Libro Genealógico en cinco tomos, encomendados a cada una de las asociaciones ganaderas ha sido siempre un asunto que ha generado mucha inestabilidad en el sector, ya que estas asociaciones profesionales discrepan en cuanto a la mayoría de sus objetivos y mantienen muchas veces intereses contrapuestos, algo que limita mucho su eficacia en la negociación con el Ministerio de Agricultura, que impone siempre sus intereses aplicando el viejo proverbio romano de "Divide y vencerás"

Según los datos oficiales la raza de lidia cuenta actualmente con unas 86.000 hembras reproductoras, aunque la realidad podría situarse entre 10.000 y 15.000 menos, en una horquilla de entre 70.000 y 75.000, lejos ya de las más de 130.000 vacas de cría que se daban como ciertas inmediatamente antes de que llegara la crisis.

Las actuales ganaderías tienen un promedio de 222 animales por explotación y producen anualmente 37.000 crías de ambos sexos y de pura raza, por lo que la estimación de machos de las diferentes edades que se usan para la lidia se situaría ahora en unos 76.000 ejemplares.

El coste de producción de un toro de cuatro o cinco años puede oscilar entre 4.500 y 5.000 euros y por cada ejemplar que sale para las plazas las ganaderías tienen que mantener una docena de animales entre vacas, novillas, terneros, cabestros, etc.. Por eso, según los expertos economistas, el umbral de rentabilidad de una corrida de seis toros se alcanza a partir de los 45.000 euros, una cifra que solamente logran o superan muy pocas ganaderías, las que están presentes en las grandes ferias y las que demandan las figuras del toreo. En las plazas menores y en los carteles más modestos podemos hablar de unos 18.000 euros por corrida o incluso menos, algo que los ganaderos sostienen tirando de su propio patrimonio y sacrificando el resultado económico en aras de la afición y la tradición, hasta que el cuerpo aguante.

El valor cárnico anual de los bovinos empleados en los espectáculos taurinos es de unos 20 millones de euros, correspondientes a unas 8.000 toneladas, cantidad que recae en los empresarios que adquieren los animales para las plazas y que no revierte en los ganaderos.

En cuanto a la demanda está claro que la crisis económica ha sido la primera causa de una marcada recesión que se viene produciendo desde 2007 hasta 2018. En este periodo el número de festejos formales, que engloba corridas de toros, corridas de rejones, novilladas con y sin picadores, festivales, festejos mixtos y becerradas ha venido descendiendo sin parar, pasando de un total de 3.651 festejos en el primero de los años citados, para situarse en 1.553 durante la pasada temporada, reduciéndose en más de un 50%.

Sí que es verdad que 2.007 tampoco era un fiel representante de la demanda real de espectáculo taurino, ya que fue una temporada en la que se marcaron máximos históricos en cuanto al número de festejos y las 953 corridas de toros, 468 corridas de rejones y 624 novilladas picadas que se celebraron ese año no reflejan la realidad de lo que históricamente ha podido ser una temporada taurina media, ya que por diferentes razones ajenas al mundo de los toros se organizaban muchos festejos en plazas y en fechas donde no eran habituales. Con buena lógica estos espectáculos no podían ser sino flor de un día y desaparecer con la misma rapidez con que se iniciaron sin dejar rastro ni recuerdo alguno.

La mayoría de los espectáculos atípicos eran festejos organizados por los mentores de diestros de escasa presencia en las plazas en un vano intento de promocionarse o bien promovidos por ayuntamientos deseosos de potenciar el interés turístico de sus localidades, contando para ello con las aportaciones voluntarias de los constructores responsables del desarrollo inmobiliario en las mismas.

Sea como fuere, la realidad es que desde 2007 a 2018 el número de corridas de toros se ha reducido a menos de la mitad y el de las corridas de rejoneo y novilladas picadas se han quedado en la tercera parte, evidenciando una crisis real en el sector. Aún así las 382 corridas de toros de la pasada temporada, las 155 de rejoneo y las 220 novilladas picadas son muchos menos espectáculos de los que deberían organizarse anualmente en una coyuntura normal.

Aunque los sectores animalistas y abolicionistas de la tauromaquia tiendan a apuntarse habitualmente victorias que no se deben a sus acciones, lo que realmente ha ocurrido en estos años ha sido una generalizada pérdida de poder adquisitivo por parte de los ciudadanos, que ha reducido considerablemente el dinero disponible para las actividades de ocio, obligando a los consumidores de espectáculos taurinos a seleccionar mucho las plazas, ferias y carteles a los que se podía dedicar la inversión.

Además los ayuntamientos, principales promotores de estos espectáculos en muchas localidades, tampoco han escapado a la crisis y han dispuesto de mucho menos capital para dedicarlo a la promoción de los festejos taurinos. Muchas localidades han optado por reducir el número y la categoría de los espectáculos taurinos en sus fiestas patronales, para así capear la crisis y esperar tiempos mejores en los que recuperar el esplendor de su pasado, pero en otros ni siquiera ha existido esta posibilidad y los festejos se han suprimido durante un quinquenio, de modo que ya van a ser difíciles de recuperar aunque mejore la situación económica y desaparezca el fantasma de la crisis, porque las tradiciones se van diluyendo poco a poco si no se mantienen vivas.

De este modo en 2017 se celebraron espectáculos taurinos en 415 plazas de las 1.733 existentes en España, un dato que engloba también a plazas no permanentes o portátiles. Así puede entenderse correctamente el constante desajuste entre oferta y demanda referida al toro de lidia, que se ha vivido durante la última década. Inicialmente la demanda era grande, pero la oferta lo era mucho más y, en consecuencia, los precios de los toros eran muy bajos. Luego se redujo radicalmente la oferta de animales para los espectáculos y se inició la recuperación de los precios coincidiendo con que la parte más dura de la crisis ya se había superado, hasta que en los dos últimos años se comprueba como la demanda del toro para la plaza se reduce y cada año va bajando el número de cosos que programan espectáculos o bien siguen estancados en un número de festejos inferior al que habían desarrollado tradicionalmente.

Aunque existen excepciones a esta norma como ocurre en las grandes plazas que han aumentado incluso su programación, como es el caso de Madrid, son bastantes los lugares donde hoy su feria está integrada por uno, dos y hasta la mitad de espectáculos menos de los que se ofrecían hace diez o doce años.

Siendo estas dos las coordenadas principales que explican la realidad actual en las plazas de toros españolas, no debemos olvidar que el espectáculo taurino es bastante caro y lo es en buena parte por el elevado montante de impuestos y tasas que se le aplican, independientemente de que el tipo de IVA

se haya adaptado al que le corresponde como espectáculo cultural. Más allá de esto el precio excesivo de las localidades en las plazas se debe a la avidez de los empresarios y a los elevados emolumentos que perciben los toreros más destacados del escalafón que, con mucha frecuencia, están muy por encima del impacto que producen en la taquilla.

Parecería lógico que el caché de cada diestro estuviera en función del número de personas que adquieren localidades para presenciar sus actuaciones, pero esto no es así y la única forma que tienen los empresarios de contar con su presencia en las ferias es garantizar los honorarios que les exigen, pase lo que pase. Esto es una pescadilla que se muerde la cola porque el empresario para cumplir con los pliegos de condiciones que le imponen los ayuntamientos propietarios de las plazas deben contar necesariamente con las figuras del toreo, aunque luego estas, excepción hecha de José Tomás, sean incapaces de llenar los mismos recintos que hace dos, tres o cuatro décadas ponían a rebosar quienes les antecieron en el liderazgo del escalafón taurino.

Y si esto ocurre en lo que afecta a los toreros más destacados, la situación no mejora cuando hablamos de los que se sitúan en la parte media o baja de la tabla clasificatoria. Estos toreros suelen tener aún menor impacto en la taquilla, pero al carecer de la fuerza negociadora de los que lideran el escalafón deben contentarse con la contraprestación mínima estipulada en el convenio profesional o, muchas veces, con lo que quiera darles el empresario en función de la mayor o menor asistencia de espectadores.

Hay que reconocer además que los gastos de partida de cada torero son muy cuantiosos en base a los cuantiosos sueldos que perciben los subalternos (picadores y banderilleros), que siempre han sido el colectivo más reivindicativo y que a golpe de huelgas han conseguido grandes ventajas laborales como jubilaciones anticipadas y subsidio de paro en los meses de invierno, simplemente con cotizar una veintena de actuaciones por temporada a la Seguridad Social. No es de extrañar por tanto que el impuesto correspondiente que se aplica en cada festejo sea tan elevado.

Pero lo peor del sector profesional es que siempre ha funcionado con una política de pan para hoy y sin pensar jamás en el mañana. No se han renovado, no han innovado, no han corregido ni uno solo de sus vicios, han ignorado deliberadamente los intereses del consumidor y no se han preocupado nunca de la divulgación y promoción del espectáculo taurino, de la captación de nuevos aficionados para que pudiera existir un mañana. Esta filosofía de segar donde no siembran mantenida durante muchos años tiene sus consecuencias y muestra ya cifras dramáticas si se analiza la situación de los distintos escalafones profesionales, que muestran un perfil de supervivencia pura y dura, una suerte de iceberg mayoritariamente hundido bajo las aguas y donde no es posible vivir de la profesión para la mayoría.

Tomando como muestra el escalafón de los matadores de toros, integrado por 825 diestros y suponen el 7,5% del total de los profesionales taurinos registrados en el Ministerio de Cultura, se observa que en la temporada 2017

sólo 149 (18%) fueron contratados para ejercer su profesión y 62 de estos 149 solo se vistieron de luces una o dos tardes (41,6%). Si consideramos un mínimo de diez contratos por año para poder vivir del toreo, tan sólo fueron 41 los matadores que alcanzaron o superaron esta cifra.

Esta situación es mucho más dramática en los aún más sobredimensionados escalafones de novilleros con picadores (29,5%) porque hay menos novilladas y entre los banderilleros, picadores y mozos de espadas (57,5%), que también son un número muy excesivo para la realidad del mercado taurino actual. Nunca en la Historia hubo censados tantos profesionales taurinos y precisamente esta plétora coincide con el momento en el que más ha descendido el número de espectáculos.

Es evidente que la situación adversa que atraviesa el sector no es similar en todas partes, aunque el número global de espectadores que anualmente asisten a los festejos en plaza (corridas, novilladas, rejoneo, etc...) se sitúe por encima de los 5.000.000 de personas. Caso aparte y punta del iceberg al que antes hacía referencia es la emblemática plaza de toros de Madrid, que vive un tanto ajena a la situación general promediando una asistencia anual de espectadores a los espectáculos taurinos cercana al millón de personas, de las cuales 600.000 corresponden solamente a la treintena de festejos que se programan de forma continuada durante mayo y junio con motivo de la feria de San Isidro. Esta situación constituye sin duda una paradoja difícil de explicar para quienes tratan de restar importancia al impacto de la fiesta de los toros, sobre todo porque no existe otro espectáculo de masas que logre concitar la presencia de 20.000 espectadores de media durante treinta días consecutivos.

Aunque en su conjunto la actividad económica en el entorno de las plazas de toros no sea hoy tan boyante como lo fue en el pasado, los festejos taurinos y su entramado mueven al año más de 1.118 millones de euros, mantienen entre 130.000 y 140.000 empleos directos y de ellos dependen unas 17.000 familias en España, datos en absoluto desdeñables en un país donde las cifras de paro recogen más de cuatro millones de personas.

Pero todo lo expuesto hasta ahora no es completo, ya que no se ha dicho nada aún de la otra vertiente de la fiesta taurina, la que engloba los festejos de carácter popular y tradicional, que vive un momento de esplendor y que con su incremento exponencial pone el contrapunto a la situación más compleja que se vive en el ámbito de los espectáculos de plaza pasando de los 4.111 de los que hay constancia en 2007 hasta alcanzar los 19.050 que se celebraron durante el pasado año, lo que supone un incremento del 463%, contando con un número de asistentes por encima de los 30 millones de personas y con un impacto económico de 4.500 millones de euros a añadir al antes citado que suponen los festejos formales, para totalizar unos 5.618 millones de euros por temporada..

La ausencia de los mayores impuestos que gravan a los espectáculos en los que intervienen los profesionales y la no dependencia de ellos en los festejos populares hacen que los costes de organización sean mucho más bajos y

puedan organizarse simplemente con la aportación económica de las peñas taurinas o grupos de aficionados, que reúnen el dinero necesario para la adquisición de los toros mediante cuotas, venta de loterías, organización de eventos para recaudar fondos y con la ayuda del sector hostelero de cada localidad, que es el que más se beneficia de la organización de estos espectáculos con toros en las calles.

La fiesta taurina en la calle carece mayoritariamente de los valores artísticos y estéticos de la tauromaquia clásica y puede resultar bastante más primitiva, aunque acerca al aficionado local mucho más al epicentro que se asienta en la proximidad del toro, que es el gran protagonista siempre y le hace sentir que ocupa un papel protagonista, en lugar de ser un mero observador. Si a eso se le añade que la asistencia suele ser gratuita encontraremos las razones de un auge que por el momento resulta imparable.

Otra cuestión es que a la mayoría de los ganaderos, la necesidad de lidiar sus productos en este tipo de festejos, les puede compensar económicamente en ciertos casos, pero casi nunca les satisface moralmente, ya que la tauromaquia popular no les da opciones para disfrutar de la bravura, la nobleza, la fijeza, la humillación, la repetición de embestidas, el recorrido y un sinfín de aspectos del comportamiento de las reses que crían, para así poder valorar el éxito o el fracaso obtenido en la aplicación de las técnicas de selección empleadas, de forma que si en el futuro la fiesta de los toros se limitara exclusivamente al ámbito del festejo popular, desapareciendo las corridas de toros y las novilladas, es muy probable que muchos los ganaderos abandonaran la actividad. Una cosa es que el toro de la calle sea un importante complemento, que lo es y otra muy distinta que los festejos populares se conviertan en el casi exclusivo destinatario de la producción ganadera de lidia, porque la tauromaquia fundamental, la que engloba los mayores valores culturales y artísticos es la de la corrida de toros.

Conocidos el pasado inmediato y el presente de los espectáculos taurinos corresponde ahora plantearse su devenir y hay que empezar por admitir que de cara al futuro el escenario que se presenta es considerablemente complejo. A todos los factores descritos hay que añadir también la presión incesante que van a seguir ejerciendo los colectivos animalistas, bien pertrechados económicamente por los lobbys internacionales que les financian y cuyas acciones, vulnerando cada vez con mayor frecuencia y gravedad la legalidad vigente, apenas son perseguidas por parte de las autoridades y sancionadas por la Justicia. En un Estado de Derecho este tipo de situaciones constitutivas de delito no pueden ni deben quedar impunes

No debemos olvidar que la cría del toro bravo y la fiesta que sustenta es una actividad legal, reconocida por el Parlamento de la Nación y por varios autonómicos como Bien de Interés Cultural, pero independientemente de que exista un estatus que sirva de blindaje, el mayor reto a afrontar de cara al futuro pasa por lograr la formación de los jóvenes en el conocimiento del toro de lidia y de la tauromaquia. El sector debe invertir de forma más cuantiosa y sobre

todo más eficaz en comunicación, en promoción y en divulgación, exigiendo una presencia en los medios de titularidad pública que se le hurta habitualmente, un problema del que nunca se preocuparon los profesionales y que ahora está pasando factura. Ahí, en la cantera, es donde se encuentra la viabilidad del mañana. Si no se logra sembrar afición, todos los esfuerzos que se realicen para conservar la fiesta serán poco eficaces.

Puestos a emprender acciones promocionales y formativas, la realidad es que estas llegan ya bastante tarde porque muchos niños vienen siendo adoctrinados en contra de la tauromaquia dentro del ámbito escolar, lo cual unido a la existencia de una generación prácticamente perdida entre medias de los actuales y los futuros aficionados resulta de especial gravedad.

Al final éste es el aspecto más fundamental de cara al mañana, porque el espectáculo taurino con todos sus defectos se sigue sustentando sobre una sólida estructura económica, relevante a nivel del PIB nacional; porque sigue muy arraigado en una buena parte de la población española en la mayoría de las regiones, defensoras de sus tradiciones; porque sus raíces culturales y artísticas se mantienen vivas y evolucionan para alcanzar el mayor grado de perfección; porque el toro de lidia es la gran maravilla de la zootecnia española y debe ser conservado a cualquier precio y la mejor medida para su conservación es que siga existiendo la tauromaquia en todas sus vertientes y porque además, ese toro de lidia es el mejor conservador de un ecosistema único, la dehesa, donde ayuda a mantener la biodiversidad y frena, con su presencia en los campos, la desertización y da vida a los núcleos rurales amenazados por la despoblación.

En ese futuro que depende básicamente de nosotros mismos no se puede olvidar la presencia del veterinario como elemento fundamental en el desarrollo de la actividad taurina. A día de hoy, alrededor de 4.000 veterinarios mantienen contacto directo con las actividades taurinas. La mayoría lo hacen como veterinarios de espectáculos taurinos, aunque también son muchos los que prestan labores vinculadas a la cría del toro, tanto en los aspectos vinculados a la sanidad, como a la clínica y al ámbito de la producción.

Podría pensarse a primera vista que su actividad profesional ya ha tocado techo o incluso tiende a reducirse en la actual coyuntura, pero no es así y el futuro es bastante más halagüeño de lo que podría parecer a simple vista, si la profesión veterinaria es capaz de poner en valor todo lo que aporta a la fiesta de los toros.

Por eso es fundamental que se logre consolidar la presencia del veterinario en todos los espectáculos taurinos populares. Si se hace así la profesión ganará sin duda porque logrará muchos más puestos de trabajo para el colectivo, pero también ganará el espectáculo al contar con la presencia de un técnico cualificado garante del bienestar animal, preocupado de que los animales se encuentren en las mejores condiciones previas a su participación, asesor de buenas prácticas y que pueda aportar un criterio válido en defensa de los organizadores y participantes en los festejos frente a las cada día más

frecuentes y habitualmente injustificadas denuncias, que de forma sectaria e interesada presentan los colectivos animalistas y abolicionistas. Nadie mejor que el veterinario formado en la materia para distinguir entre el bienestar animal zootécnico y el de tipo social, teocrático o sentimental, que manejan esos grupos para los que las libertades solo cuentan cuando les atañen a ellos.

Lo fundamental en todo caso para garantizar un futuro en el mundo de los toros es que las personas que apoyan la tauromaquia en cualquiera de sus vertientes, sean profesionales, aficionados o simples defensores de la libertad individual de los ciudadanos abandonen la actitud conformista que han mantenido históricamente y, sin complejos de ningún tipo, luchen por su conservación y su promoción, presionando con la fuerza de los votos a los partidos políticos que mantienen posiciones tibias o favorables a la abolición, saliendo a la calle, a los medios de comunicación y allí donde sea necesario para contraatacar..

Si los toros han de desaparecer debe ser por muerte natural, porque hayan dejado de interesar al conjunto de los ciudadanos y no por las dogmáticas o fanáticas posturas de los que esgrimen la intolerancia como bandera. Si los numerosos pro-taurinos quieren que haya futuro no les queda otra solución que trabajar juntos de verdad, sin complejos, reivindicando su esencia y siendo conscientes de que basta ya de poner la otra mejilla.